

## Ha muerto Juan Conde

**Alfonso Gago**

Catedrático de Electrónica.

El día 29 de abril de 2002, Juan Conde pasó a gozar la militancia en el seno del Padre. Desde allí nos sigue animando a vivir la solidaridad universal desde los más pequeños.

Cuando miro retrospectivamente hacia mi interior encuentro sosiego en mi infancia por el ambiente de mi familia, en especial de mi madre, aunque también mi padre me infundía seguridad. Pero comienzo a sentirme protagonista de mi vida y, por tanto, comienzo a sentirme como persona en plenitud, en mis tiempos de estudiante universitario en Sevilla, inmerso en el plan de formación militante de la Editorial ZYX. Allí encontré otra dimensión del concepto de familia y de la realidad de la maternidad y la paternidad. Encarna Sánchez y Juan Conde ejercieron sin duda en mí y en muchos militantes una nueva maternidad y paternidad que nos han marcado para el resto de la vida.

Juan Conde ejerció un concepto de paternidad que no tiene nada que ver con la biológica pero que engendra también nuevas personalidades, protagonistas de la vida individual y, sobre todo, de la vida social y comunitaria. Nuestros años de formación militante a la sombra del testimonio, presente y promocionante, de Juan Conde, nos transformaron y nos liberaron de miles de ataduras, externas e internas.

El conocimiento de la realidad desde el punto de vista de los pobres, el estudio de la Economía, la Historia, la Filosofía, la Política, etc., a la luz del Movimiento Obrero fue una experiencia vital imborrable. Muchos esquemas mentales asumidos dogmáticamente se nos tambaleaban ante la fuerza vital de las luchas sociales. En ese retorcer nuestro pensamiento racionalista y universitario jugaba una luz especial la imagen de un militante pobre pero rico en personalidad, sin

títulos académicos pero sabio con la grandeza de la cultura popular; era Juan Conde, el delegado de la ZYX.

Hablaba con palabras toscas pero engrasadas por la fuerza lógica de la vivencia y de la sabiduría de haber aprendido mucho desde una vida intensa en experiencias. Era gratificante oírlo hablar de Historia, de Filosofía, de Cultura Popular, con una oratoria convincente, totalmente opuesta a la oratoria del político o del burócrata, y con la precisión del académico universitario, pero sin su típica arrogancia. Leía desde la vida y para la vida. Evidentemente había leído mucho, más en calidad que en cantidad; pero no es lo mismo estudiar desde la blandenguería de una vida fácil, que desde una vida curtida por el esfuerzo y el continuo tener que superar dificultades.

Le tenían que chocar enormemente nuestros criterios de universitarios burgueses y nuestras torpezas y prisas, fruto de la superficialidad y de la inmadurez, en querer avanzar rápidamente escalafones en el entramado organizativo militante. Su firmeza en no bajar el listón de la militancia autogestionaria, siempre la compatibilizó con un trato adecuado a cada uno (en esto le ayudaba mucho Encarna Sánchez) y nunca se le atisbó un talante mínimamente autoritario. Pudo serlo, pues ante nosotros le sobraba autoridad moral, pero nunca abandonó el tono propositivo o el callar y esperar mejores ocasiones para vencer mejor que vencer.

Esposo de Manuela y padre de seis hijos, Margari, Miguel Ángel, Juan Manuel, Santiago, Javier y David, vivían en un hogar obrero, con sus estrecheces y su austeridad pero abierto a todos los que nos decía algo la militancia obrera. Para mí era un honor el poder compartir con ellos, muchos días, la cena que con tanto cariño preparaba Manuela, al mismo tiempo que aprendía de las conversaciones y tertulias militantes a que daban lugar con frecuencia.

Me admiraba la sencillez y la falta de rencor con que Juan contaba los orígenes de su afán de lucha militante. Nunca fue a la escuela; las tareas del campo de los terratenientes andaluces fue su tarea académica permanente. Analfabeto y hambriento, tuvo la lucidez de percibir la humillación y la agresión a su dignidad de persona que representaba el formar parte de la diversión insaciable de las continuas fiestas de los señoritos jerezanos. Esa avidez de sensaciones la saciaban en numeritos como el de preparar una gran perola con guiso de garbanzos, tocino, papas ...y abrir los corralones para que entraran los campesinos, impulsados por su hambre, para que se pelearan por la comida derramada por los suelos de tierra. Nos contaba Juan que un día sintió tan fuerte la humillación de ver cómo se divertían viéndolo comer garbanzos con barro que se prometió a sí mismo que sería superior a ellos, al menos intelectual y moralmente. Lo consiguió con creces no sólo en su persona sino también en muchos compañeros de clase a quien promocionó en la militancia obrera.

Se impuso la tarea de caminar, siendo un chaval, todas las noches más de nueve kilómetros a la ida y otros tantos a la vuelta para que un generoso estudiante les diera clases de alfabetización a él y otros analfabetos más. Ésa fue toda su formación académica. Su gran suerte fue caer en manos de D. Tomás Malagón y demás fundadores de la Editorial ZYX y realizar el plan de formación militante de la HOAC. Todo ello complementado con el curso de larga duración de los Grupos Obreros de Estudios (GOES). La rudeza de sus formas y la sabiduría de sus palabras eran una demostración palpable de la capacidad de promoción de la Cultura Obrera, de la que tan orgulloso se sentía.

Como delegado de la ZYX, llevó el pan de los libros a los rincones más insospechados de Andalucía. El mal

tiempo y los malos caminos no lo frenaban en su afán de llevar la cultura obrera a los campesinos más marginados. Con su motocicleta y un plástico desafiaba los aguaceros y el lodo de los caminos. Frente a la elegancia servil de los vendedores mercantilistas Juan Conde se distinguía por la dignidad militante con que ofrecía los libros a todos, en especial a sus compañeros de clase, los campesinos y los obreros. Vendía sin dar las gracias sino convencido de que transmitía un tesoro de valor incalculable: la cultura obrera.

Desde entonces hasta su muerte, ya como responsable de formación de la CGT jerezana, siempre luchó por la promoción cultural de los pobres, como principal medio de emancipación de los mismos.

Estaba convencido de que el motor de la Historia es el amor evangélico a la promoción de los más débiles, por ellos, desde ellos y con ellos. La encarnación en los problemas del día a día de los obreros no estaba reñida con la fe en la fuerza emancipadora global de la cultura obrera y del cultivo de la solidaridad universal. Tenía un discurso duro pero claro para las personas sencillas; convencía, no por la elocuencia de sus palabras, sino por la fuerza moral del que habla desde la vida, amasada por la conciencia y el testimonio militante.

Como nos contaba su buen amigo Tomás Morata en el entierro, Juan Conde era sencillo y austero; no se quejaba nunca. La austeridad era conatural en él, pues la vivía como la mejor herramienta para sentirse libre. Amaba la libertad por encima de toda atadura; jamás lo condicionaba la estrechez o la escasez de recursos. Tenía

una fe ciega en la felicidad que proporciona una vida entregada a la lucha por la Revolución y el cambio de sociedad, por y desde los más débiles. Soñaba con un mundo en el que imperase la fraternidad universal y no la explotación del hombre por el hombre. Ese Ideal lo hacía impasible a cualquier penalidad e incompreensión que tuviese que padecer.

Disfrutaba con el trabajo acabado y bien hecho. Su profesión, era oficial de albañil, le servía de fuente de cultura. Ponía ladrillos con la dignidad del que lee libros difíciles. Nunca hacía el trabajo de forma rutinaria. Tenía declarada la guerra a las chapuzas, así como a los remilgos y las blandenguerías burguesas. Los empresarios constructores podían tener de él todas las quejas del mundo; pero ninguna por hacer mal su trabajo.

Su afán por el trabajo bien hecho lo llevó a impulsar y realizar pacientemente una recopilación de documentos periodísticos que constituyen una verdadera joya documental para comprender la historia de la clase obrera en las décadas que duró su vida militante.

Su talante personal y su ideología eran libertarias e incluso anarquistas, pero nunca discutía desde posiciones intelectuales o sectarias; sus aportaciones a los debates brillaban por su sentido práctico y, a la vez, por su referencia constante al Ideal de la solidaridad universal y del protagonismo histórico de los más débiles. Por encima de banderas y de siglas, lo que marcó fundamentalmente su vida fue la pasión por la promoción social de los pobres en consonancia con el ideal del Evangelio, del Carpintero y los doce Analfabetos.

Tu vida, querido Juan, estuvo llena de pasión y de sufrimiento. Tus esfuerzos han tenido como recompensa la incompreensión muchas más veces que el reconocimiento. Pero ha valido la pena. Testimonios como el tuyo no pasan en balde por la Historia. Tu vida ha demostrado con elocuencia que desde el esfuerzo solidario, y no solitario, todas las personas podemos digerir el pasado, gestionar el presente y gestar el futuro. En nombre de todos los hombres, en especial de los más pobres, Juan Conde, muchas gracias y que Dios te bendiga.

